



# VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Concesión de la medalla de la  
Universitat de València a Max Aub

Discurso de aceptación (póstumo)

Valencia, 23 de noviembre de 1992

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DR. FRANCISCO AYALA  
GARCÍA-DUARTE

Excmos. Sres y amigos queridos:

Cada vez que se trata de evocar la figura de Max Aub y de honrar su memoria, acudo gustoso a la celebración que su nombre concita. Fui su amigo y compañero. Hubo entre nosotros bastante entendimiento, estimación recíproca e intenso afecto. Y mientras me quede aliento y pueda, nunca dejaré de dar testimonio acerca de tan brillante y singular personalidad como fue la suya.

Muchos han sido quienes han estudiado con detalle y acierto su obra literaria, quienes siguen estudiándola ahora mismo –según se ha visto- y aún vendrán quienes continúen la tarea en el futuro. Yo por mi parte quiero ceñirme ahora, en este acto solemne, a rendir testimonio de que fue un día, hasta el de su muerte, mi estrecha y tan grata relación con él.

Si he escogido para calificar su personalidad el adjetivo de singular, además del de brillante, no es porque no merezca de sobra las consabidas ponderaciones laudatorias con las que en ocasiones como ésta suele destacarse la excelsitud de un hombre de letras. Huyendo de la retórica convencional bien hubiera podido adjudicarle igualmente la condición de único, añadiendo incluso la nota de desventurado que describiría -creo yo- su personal destino, cifra potenciada del que sufrieron tantos y tantos miembros de su generación que es también la mía.

Max había nacido en París dentro de una familia judía, la nacionalidad alemana de cuyo padre haría difícil –quizá imposible- su permanencia en Francia al estallar en 1914 la entonces llamada Gran Guerra o Guerra Europea. Con esto, el primer exilio de nuestro futuro escritor, a la sazón todavía un niño, hubo de traerle a España. Establecida su gente en Valencia, fue aquí donde el adolescente cursó los estudios de bachillerato. El mismo Max gustaba de afirmar que se es del lugar donde se han cursado esos precoces estudios. Así, él se sentiría siempre español de Valencia, valenciano en fin.

Andando el tiempo, debimos encontrarnos y conocernos ambos ya en el Madrid literario de los años veinte, donde tanto él como yo éramos colaboradores de la *Revista de Occidente* y frecuentábamos la tertulia que Ortega y Gasset mantenía en sus oficinas.

Para la década siguiente, el desenlace de la Guerra Civil, que envolvió a todos los españoles y durante la cual tanto Max como yo militamos en defensa de una República asaltada por el fascismo, nos empujaría por fin al exilio. Un exilio que yo viví bajo circunstancias muy tolerables, si no relativamente gratas, y- que él al comienzo debió padecer de la manera más aflictiva. De las penalidades que su doble condición como judío y como antifascista le acarrearón se encuentran en su obra algunos testimonios concretos y ecos muy abundantes que son hermoso ejemplo de cómo la poesía es capaz de transformar sufrimientos en belleza. Este su segundo exilio se producía ahora bajo circunstancias cuya crueldad iba a alcanzar extremos indecibles.

En ese exilio, tras de cuyas iniciales durezas consiguió Max desenvolverse en una fase de favorable lenidad, desarrollaría el escritor -como algunos otros que siendo por entonces jóvenes como él hemos alcanzado después mayor longevidad- el torso de una espléndida obra literaria. Obra que ya estaba iniciada con mucha distinción antes de la guerra y que él, incansable, había proseguido sin interrupción aún durante la guerra misma. La guerra misma y el exilio constituyen en el conjunto de esa obra una constante temática, son su tema predominante.

En eso estriba la singularidad de este escritor, a la que antes apuntaba yo. Max Aub ha vivido, se ha vivido a sí propio, ha querido vivirse, en calidad de escritor español exiliado, con una fidelidad que no podría dejar de ser conmovedora. Porque, si es cierto, que cada cual se elige y se configura a sí mismo voluntariamente de acuerdo con un proyecto interno, dibujando mediante el trazado de sus actos una especie de autorretrato ideal, todos estamos forzados a formular esta proyección imaginaria de nuestra personalidad dentro de las limitaciones que la realidad ambiente nos impone. Y esas limitaciones difieren de un caso para otro.

En tal sentido, bien podría decirse que la decisión de ser un escritor español fue para Max Aub una decisión particularmente libre y que la sostuvo en el exilio con impresionante ahínco, pues nacido en París y habiendo recibido allí las primeras letras, la lengua francesa era idioma natural para él, un idioma en que hubiera podido desplegar perfectamente si así lo hubiera querido su actividad literaria. Del francés quedan, en efecto, ciertos rasgos tenues, casi imperceptibles, en su prosa castellana mientras que en su elocución verbal, en su prosodia, resultaban en cambio notorios como podemos recordar quienes lo hemos conocido. Alguna vez he llamado la atención sobre la curiosa coincidencia de que a tres de los mayores escritores hispanos de su generación -Alejo Carpentier, Julio Cortázar y el mismo Max Aub- se les resistiesen siempre al hablar las ásperas erres de nuestra lengua. Y sin embargo, aun cuando éste -Max- hubiese podido acogerse en el exilio a su familiaridad con la lengua francesa nunca -que yo sepa- quiso hacer de ella un uso literario. Toda su obra escrita, escrita está en español.

Muchos han sido, por supuesto, y algunos de muy primera categoría, los hombres de letras que en lugar del idioma materno adoptaron otro distinto para dar forma a sus invenciones imaginarias. En seguida acude a la mente el nombre ilustre del polaco Joseph Conrad quien, por cierto, también hablaba con acento extranjero el inglés cuya literatura había de enriquecer con sus novelas. En inglés escribieron igualmente el andaluz Blanco White y el castellano Santayana. Y sabido es que el ruso Nabukov publicó sucesivamente sus narraciones en su propia lengua primero, luego en alemán, después en francés y por último en inglés. Y aún Fernando Pessoa manejaba con mayor soltura durante su infancia esta lengua -el inglés- que la portuguesa en que había de regalar al mundo los frutos de su don poético.

Max Aub, nacido y criado en Francia, adoptó por su parte en seguida el español y ya nunca sucumbió a la tentación -quizá ni siquiera le pasaría por las mientes- de derivar hacia el terreno propicio de la literatura francesa como le hubiera sido tan hacedero cuando, a consecuencia de nuestra guerra civil, se le hubo cerrado el campo de la española peninsular.

Pues, debiendo él recomienza su carrera, hubo de hacerlo como un advenedizo, esto es, exiliado en la América latina. Max se quiso, pues, inquebrantablemente, tercamente español, se sentía español. La lengua española no era para él un mero instrumento adoptado para su expresión literaria sino mucho más, algo esencial, algo vital e irrevocablemente asumido. Por eso, insistió siempre con obstinado empeño en ser no ya un escritor de lengua española sino un escritor español y un español exiliado. El más exiliado de todos los españoles -diría yo-. El escritor que hizo de España, de la guerra civil y del exilio mismo asunto principal y luego casi único de sus preocupaciones creadoras.

Antes de la guerra civil, en sus escritos de la fase vanguardista, en aquellas narraciones tan poéticas que entregara a la Revista de Occidente, se respira una apertura hacia los cuatro puntos cardinales de la cultura, muy acorde con la tónica general de aquella época. Pero esos escritos suyos iniciales y -para mí preciosos- son un sector aparte, reducido y acotado dentro de la enorme cuantía de las páginas salidas luego de su infatigable pluma. Tomada en su totalidad y vista en perspectiva su copiosa producción constituye una especie de meditación obsesiva acerca de la realidad española, meditación plasmada en imágenes que a veces toman un sesgo cómico, o mejor amargamente tragicómico, según se muestra, por ejemplo, en ese memorable relato de la verdadera Historia de la muerte de Francisco Franco aunque, sin duda, predomine en el conjunto de su *Opera Omnia* un tono de grave, seria y acuitada preocupación.

Ese intenso españolismo de Max Aub ha de ser entendido -a mi parecer- como resultado de aquella deliberada obsesión suya mediante la que se afirmó como español pudiendo -¡él sí!- haber sido otra cosa. Recuérdese la amarga broma de antaño: son españoles los que no pueden ser otra cosa. Y su meditación, tan larga y tan dolorida, acerca de la realidad española refleja muy bien su deliberada autodefinición individual.

Para poder afirmarse español en el exilio, Max seguiría viviendo ahí el sueño de España hasta el final de su vida. Pero ¿qué es España? ¿Cómo es España? Dramática pregunta muchas veces formulada antes del conflicto bélico que proponía respuestas contradictorias. Cada cual ve a los entes colectivos desde su propia personal perspectiva y, por lo demás, las colectividades están sometidas al cambio histórico tanto y, probablemente, más que los individuos humanos a quienes una conciencia irreductible mantiene inalterables en el fondo. Cuando por fin, y después de haber vencido bastantes resistencias íntimas, mi amigo Max Aub se resolvió a visitar de nuevo desde su exilio este país nuestro fue para encontrarse aquí con una realidad muy diferente, claro está, de la conocida por nosotros antes de la guerra. Pero una realidad que tampoco coincidía para nada con la que él se había figurado en el destierro. Y tras de su visita escribió ese estupendo libro cuyo título no hubiera podido ser más expresivo y revelador -*La gallina ciega*- donde quedan registrados sus intentos de aproximación, sus reconocimientos y desconocimientos, con diálogos tensos y con frecuentes explosiones de irritación.

Resulta apasionante seguir el ávido careo del recién llegado con las gentes españolas, antiguos y nuevos conocidos, en inagotables conversaciones, en discusiones mantenidas desde puntos de vista contradictorios, quizá irreconciliables, en una forma tensa de diálogo interminablemente argumentativo. Diría yo que este intenso, nervioso y patético diario de viaje -*La gallina ciega*- constituye en verdad una novela en el sentido unamuniano de *Cómo se hace una novela*. La novela del exiliado en ambos casos, en el de Unamuno y en el de Max, y quizá en éste la mejor de su autor-protagonista quien la publicaría muy poco antes de su muerte. Por desgracia, sólo después alcancé yo a leerla y a comentarla ya en el vacío, es decir, ya sin su presencia. Me aprontaba por aquel entonces a ir a México y así se lo había anunciado a mi amigo Max Aub que me aguardaba con la amistosa expectación de otras veces. Como una reliquia guardo entre mis papeles su última carta. Dos líneas impacientes. Y cuando llegué acababa él de morir. Lo habían sepultado el día antes. A partir de entonces nos ha quedado perenne su memoria. Y con ella vive hoy entre todos nosotros, como vivirá en la evocación de generaciones futuras. Muchas gracias.